

FELIPE GALÁN

El  
último secreto  
de Verne



Cydonia



# El último secreto de Verne

**Felipe Galán**

Ediciones Cydonia S.L.  
<http://www.edicionescydonia.com>  
Apartado de Correos 222  
O PORRIÑO- Pontevedra

© Ediciones Cydonia, 2017  
© Felipe Galán  
Primera edición, mayo de 2017

Corrección de estilo: Javier Martín  
Diseño de cubierta: Ignacio Docampo

Printed in Spain - Impreso en España  
I.S.B.N. 978-84-945861-7-0  
Depósito Legal: VG 299-2017  
Imprime: Reprográficas Malpe

*Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso escrito de Ediciones Cydonia S.L.*

*A mi madre,  
que me cuidará eternamente.*



*"Me siento el más desconocido de los hombres"*

JULES VERNE





# 1

5 DE ENERO DE 1886

**E**l lamento apresurado de los tablones que conducían a su refugio paralizó la pluma de Verne e interrumpió el ataque aéreo que, por indicación de su editor, estaba realizando *El Albatros en el reino de Dahomey*. La última carta de Pierre-Jules Hetzel, en la que reclamaba un vuelo “intranquilizador” para la máquina de Robur, compartía desorden sobre la mesa del despacho con la primera entrega de *Un billete de lotería*, publicada cuatro días antes por el *Magasin d'éducation et de récréation*.

Sin levantar la vista del manuscrito de *Robur el conquistador*, Verne retrocedió veinticinco años en el tiempo, cuando, jornada tras jornada, el llanto inagotable de su hijo Michel le impedía concentrarse en la escritura. En realidad, desde el mismo día de su nacimiento en una calurosa madrugada de agosto, aquel niño se había convertido en una carga insufrible para el padre, que no dudó en internarlo en un sanatorio mental con apenas doce años y en embarcarlo como grumete rumbo a la India durante dieciocho meses en plena adolescencia.

Verne todavía recordaba con amargura la inclinación de Michel por malgastar su dinero con mujeres como Thérèse, una cantante cuatro años mayor, apodada *La Dugazon* en los

ambientes teatrales, a la que se había unido en matrimonio en contra de la voluntad paterna para abandonarla más tarde de forma caprichosa.

Avergonzado por la actitud de Michel, Verne había obtenido el beneplácito de su esposa Honorine para dar cobijo en su propio hogar a la compungida Thérèse, mientras su hijo partía hacia París con una joven pianista de dieciséis años, Jeanne Reboul, secuestrada por Michel en un nuevo episodio que deshonraba el buen nombre de la familia Verne.

Pero, por suerte para el escritor, en menos de un año, la segunda esposa de su hijo había traído al mundo dos razones para enderezar la vida disoluta de Michel, que llevaba unos meses escribiendo poesía y encargándose de la abundante, a la par que amorosa, correspondencia de su padre.

Sin embargo, los quejidos que desprendía la escalera en pleno vuelo de *El Albatros* no anunciaban una visita de complicidad para reírse de las cartas perfumadas que el escritor recibía a diario por parte de admiradoras anónimas. Ese momento llegaba siempre a la hora del almuerzo, cuando Verne aflojaba el corsé de su rutina para empaparse de los últimos avances científicos. El motivo de aquella interrupción tenía que ser de naturaleza bien distinta, porque, junto a los pasos de Michel, Jules Verne intuyó el esfuerzo de su mujer por alcanzar la segunda planta de la casa.

Resignado a la inactividad frente a los golpes que anunciaban la inminente profanación de su guarida, el escritor depositó la pluma en el tintero y, tras observar con cierta envidia la soledad que transmitía la aguja de la catedral, renunció por unos instantes al cuadro de Amiens que le regalaba su ventana para atender a la familia.

—¡Cómo has podido hacer una cosa así! —irrumpió la voz indignada de Honorine antes de que la llave hubiera completado su último giro.

—¿Se puede saber de qué me estás hablando? —respondió Verne, ajeno a la discusión que acababan de mantener madre e hijo tras revisar el correo en el pequeño salón de la planta baja.

—Padre —medió entonces Michel al tiempo que le entregaba una carta de apariencia inocente—, he intentado expli-

carle que no es la primera vez que alguien busca sacar provecho de su fama y de su dinero, pero ha insistido en subir a molestarle.

—Y, ¿de qué se trata esta vez? —se relajó entonces el escritor, sin reparar siquiera en el remitente de la misiva que descansaba ya en su mano derecha.

—De una historia que no merece ni Jules Verne ni su familia —reiteró su disgusto Honorine— y que solo espero no sea cierta.

—Me asustas, mujer —se burló el autor—. ¿Acaso he cometido algún crimen que no recuerde?

—Padre, será mejor que le dejemos tranquilo para que pueda leer la carta con calma —abrevió Michel bajo el quicio de la puerta—. Ya tendrá tiempo de ofrecer explicaciones más tarde, si es que lo considera oportuno.

Antes de volver a sellar la intimidad de sus cinco metros cuadrados, Verne percibió una última punción acusatoria en los ojos de la viuda a la que había desposado veintinueve años atrás. Madre ya de dos hijas cuando el escritor la conoció en la boda de su amigo Auguste Lelarge, Honorine le había permitido formar su propia familia pese a las reticencias de los padres de Jules, que intentaron convencerle de que buscara una mujer sin las cargas acumuladas por aquella joven de Amiens.

Desde entonces, la obsesión por el trabajo de Verne, así como sus periódicos viajes en barco al encuentro de nuevos espacios literarios, habían ido desgastando la convivencia entre ambos hasta reducirla a un simple contacto afectuoso de dos personas que comparten techo, pero no sueños. Pues Jules, ofuscado en respetar los caprichosos tiempos de su escritura, disfrutaba de un pequeño camastro en su despacho, a la espalda del escritorio, donde tomó asiento para estudiar la carta que le había entregado su hijo.

El nombre compuesto que aparecía en el sobre como remitente no desenterró ningún recuerdo perdido entre la maraña de personajes que cohabitaban en la cabeza del escritor. Pero, al detenerse en el apellido, Duquesne, Verne sintió un escalofrío que inutilizó por completo su maltrecho ojo izquierdo durante unos segundos de extensión infinita.

Sin capacidad para elaborar una hipótesis de lo que iba a encontrarse en el interior, Jules abrió el sobre con las precauciones que le dictaba el desconcierto y, tras recuperar la totalidad de su visión, extrajo cinco cuartillas escritas por una sola cara. La primera hoja estaba fechada en Soissons, el 28 de diciembre de 1885, y la última terminaba con una firma de trazos elegantes que insistía en la identidad del remitente.

De la ciudad de origen, enclavada en el departamento de Aisne, Verne conocía su pasado como fortaleza celta gracias a un artículo que había leído tiempo atrás en *Le Tour du Monde*, la revista de geografía y viajes que dirigía Edouard Charton. Sin embargo, jamás había pisado sus calles, ni visitado su abadía del siglo XI, y tampoco recordaba a ninguna persona de su entorno que fuera natural de esa localidad, bautizada por los romanos con el nombre de *Augusta Suessionum*.

La misiva arrancaba con una fórmula muy respetuosa, “Estimado Señor Verne”, y seguía con la narración de unos hechos que se remontaban al mes de julio de 1865, poco antes de que *Le Journal des débats* empezara a publicar por entregas *De la Tierra a la Luna*, el tercer libro de los *Viajes Extraordinarios*.

Nada más iniciar la lectura de aquella carta, el escritor se dio cuenta de que ya conocía una parte de la información recogida en el relato. Pero, según fue adentrándose en la historia, también descubrió algunos detalles que jamás habría podido imaginar y que, de forma inmediata, despertaron un sentimiento de culpa en su interior solo comparable al que había sufrido en los años más irracionales de su hijo Michel.

Por lo demás, la persona que le había enviado la misiva no reclamaba ninguna compensación económica por lo sucedido, ni tan siquiera una declaración pública reconociéndolo todo. Bien al contrario, se limitaba a despedirse con educación a la espera del acontecimiento más importante de su vida.

Aquel sorprendente final dejó a Jules Verne en un estado de ensoñación similar al que provocaba alguno de sus libros entre los lectores de medio mundo. Le parecía imposible que el desenlace de la historia fuera tan simple, que no le amenazaran con montar un escándalo público desvelando los datos

que comprometían su honrada carrera. El escritor estaba convencido de que semejante testimonio tendría una repercusión mucho mayor que la de su próxima novela y eso que ya le había advertido por carta a su editor que las tesis defendidas en *Robur el conquistador* desencadenarían los graznidos de pavo real entre los partidarios del vuelo con globos.

El manuscrito que tenía sobre la mesa ensalzaba las teorías de su amigo Félix Nadar, que había fundado la Sociedad para la Investigación de la Navegación Aérea, con aparatos más pesados que el aire, como *El Albatros* de su protagonista. Pero, tras leer la carta procedente de Soissons, Jules Verne ya no tenía fuerzas para retomar el vuelo de Robur. Así que, depositó la misiva en el cajón de su escritorio, lo cerró con llave y aseguró también la puerta de su despacho.

En ese instante eran sus pasos los que provocaban el lamento de los tablones que conducían a la planta baja, donde Honorine, sentada ya a la mesa del pequeño salón junto a su hijo Michel, esperaba con impaciencia la confesión de Verne.

## 2

24 DE MARZO DE 1972

Solo existía una palabra capaz de asolar el universo de Jean Moné: eternidad, el castigo perpetuo al que estaban condenados los habitantes de La Madeleine desde el mismo día de su muerte. Jamás había escuchado otra composición silábica que le provocara un tormento comparable al que experimentaba cada vez que el miedo le conducía a reflexionar sobre el silencio eterno, sobre el estado de inexistencia que, según su propia teoría, aguardaba tras el umbral de la vida por los siglos de los siglos.

El consuelo de un Dios resucitador de almas nunca había germinado entre las raíces de sus certezas, ni siquiera aprovechando la ingenua fertilidad de su infancia. De modo que, agotados los años, a punto de alcanzar siete décadas de amargura, las puertas de su fe permanecían ya ajenas a cualquier señal de esperanza que pudiera presentarse en el camino.

Jean Moné era consciente de que el tiempo no le ofrecería una moratoria muy extensa y, aunque el hecho de pensar en la desaparición absoluta alteraba la quietud de sus entrañas, en el fondo le reconfortaba saber que, al no dejar descendencia, el veneno de la angustia ya no infectaría a ningún heredero de su propia sangre. Las decisiones del resto de la humanidad no es-

taban a su alcance, pero el sepulturero del cementerio de La Madeleine se marcharía en paz, sin el remordimiento de haber condenado a una nueva criatura.

Esa había sido su elección cuando, en una vida anterior, Sophie le amenazó con la soledad y desde entonces se acostaba cada noche aferrado a sus ideas a la espera de un destino que, pese a la intrascendencia de su paso por el mundo, compartiría con los grandes personajes de la historia de su país, incluido Jules Verne, al que, como cada mañana, acudió a saludar con el respeto que se merecía el ciudadano más reconocido de Amiens. Los siete abetos que protegían la cara este de la tumba del escritor interpretaban una dulce melodía al compás de la brisa, mientras la mano derecha de Verne acariciaba el nacimiento del amanecer en su enésimo intento por reencontrarse con la vida.

Aquella escultura de mármol, cincelada por su amigo Albert Roze dos años después de su fallecimiento, seguía siendo la principal atracción del camposanto, un reino de dieciocho hectáreas gobernado por el recuerdo del visionario creador de los *Viajes Extraordinarios*.

En un mensaje póstumo, el torso desnudo de Jules Verne, con la cabeza semicubierta por un sudario, escapaba de su prisión eterna soportando el peso de una lápida que le impedía disfrutar de su glorioso pasado. Así lo había concebido el propio escritor antes de su muerte, cuando le encargó la ejecución del panteón a Roze con la idea de insertar una epitafio desconcertante: "*Hacia la inmortalidad y la eterna juventud*".

Sin embargo, por algún motivo que tanto Jean Moné como el resto de los habitantes de Amiens desconocían, esa frase enigmática no se incluyó en la tumba de Verne, aunque los asistentes a la Exposición de Artistas Franceses de 1907 sí pudieron contemplarla en la maqueta de yeso que precedió a la escultura definitiva.

De pie frente al monumento funerario, el sepulturero de La Madeleine volvió a percibir la ansiedad que oprimía sus sentidos cada vez que contemplaba aquella declaración de impotencia, la de un hombre que jamás podría comprobar si el mundo que él mismo se había encargado de ampliar a través

de su mente todavía le veneraba con idéntica pasión a la de su época dorada.

Jean Moné sí lo hacía, aunque apenas había leído un par de obras escritas por Verne, *Cinco semanas en globo*, su primera gran novela, y *La vuelta al mundo en ochenta días*, de la que, sesenta años después de su lectura obligatoria en la escuela, todavía recordaba el nombre del protagonista, Phileas Fogg.

Como parte de la cultura popular francesa, Moné también conocía el título de sus libros más importantes y tampoco se le escapaba su fama de iluminado de la ciencia por anticipar la llegada del submarino, del dirigible, del automóvil o de los viajes espaciales. Además, sabía de su matrimonio con Honorine, enterrada junto a los restos de su marido en 1910.

Pero, una jornada más, el sepulturero advirtió cómo todos esos datos caían sin remedio en el pozo de la trivialidad al descubrir, tras los dedos de aquella mano suplicante, la sentencia que le condenaba de manera perpetua:

*Fallecido en Amiens el 24 de marzo de 1905*

Hasta ese momento Jean Moné no se había dado cuenta de que esa mañana se cumplían sesenta y siete años de la muerte de Verne y la revelación del aniversario le hizo plantearse si, cuando él ya no existiera, alguien se plantaría delante de su tumba transcurrido todo ese tiempo para recordar su amarga travesía vital.

La respuesta fue inmediata y negativa. Nadie sentiría la necesidad de hacerlo. Ya no tres cuartos de siglo después, sino ni siquiera pasada una semana de su marcha. Quizá Sophie, asediada por el remordimiento, se acercara al entierro con su nueva familia, o su vieja amiga Laurene o algún vecino inquieto por la cercanía de su propio final, pero en los días posteriores no llegarían más visitas. Estaba convencido.

Tras cumplir con el rutinario saludo a Verne y fumarse su segundo cigarrillo, Moné recorrió el laberinto de La Madeleine escoltado por un ejército de flores secas y jarrones en olvido hasta alcanzar la oficina del cementerio. En el interior de la estancia, iluminado por una bombilla sin más ador-



no que sus tripas, el parte de trabajo descansaba sobre una mesa que no podía ocultar el maltrato de un centenar de años.

El único sepelio de la jornada estaba previsto para las once de la mañana, de modo que el sepulturero tomó asiento frente al tirano de un solo ojo, cuyas agujas marcaban las ocho y cinco. A su espalda, como andamios de obra permanente, las estanterías se elevaban hasta el techo ordenadas por la meticolosa obsesión de Jean Moné, que había apilado los libros de incidencias por orden ascendente de izquierda a derecha y de arriba abajo.

El más antiguo, correspondiente al año 1900, acumulaba polvo en la parte superior izquierda, mientras que el tomo del ejercicio en curso rozaba el extremo inferior derecho, donde apenas quedaba espacio para registrar la fecha de nuevos entierros. En poco tiempo tendrían que instalar un estante suplementario, aunque el sepulturero tenía muy claro que él ya no sería el encargado de amarrarlo a la pared.

De hecho, tras aparcar su retiro por falta de ilusiones de naturaleza personal, Jean Moné se había marcado como límite la total ocupación de aquella última repisa. Y, si la reina de La Madeleine no reclamaba antes su presencia, se marcharía a casa nada más firmar en la página final del libro que la completara, cumplidos ya los setenta y cinco.

Lo había calculado tantas veces que no manejaba ningún margen de error. El espacio libre de la estantería se podía sellar con cinco tomos más. Sin embargo, como le sucedía en sus largos momentos de inactividad, Moné abandonó su asiento para comprobarlo de nuevo.

La operación siempre era la misma. Primero extraía los libros de 1900 a 1905 y, a continuación, los colocaba junto al del año 1972 para rellenar el hueco sobrante. Una vez resuelto el cálculo, volvía a sacar los tomos antiguos y deshacía la maniobra inicial de forma mecánica. Aunque, en esta ocasión, al fijarse en los cuatro números que manchaban la portada del último libro, el sepulturero alteró su rutina.

El tomo correspondiente a 1905 se adhirió a las manos de Jean Moné bajo el control de su último encuentro con Verne y, al dictado del aniversario, sus dedos se deslizaron hasta el 24

de marzo, la fecha exacta del fallecimiento. Como era de esperar, el escritor no aparecía entre las personas enterradas ese día, así que fue pasando páginas hasta encontrar lo que andaba buscando en la lista del 28 de marzo.

A diferencia de lo que ocurría con los demás apuntes de esa jornada, las líneas que formaban el nombre de Jules Verne denotaban que el enterrador de esa época, identificado en el extremo inferior de la hoja como Nicolas Bergé, se había esmerado más de lo habitual al anotar la identidad del fallecido. Pero no fue ese detalle el que llamó la atención de Jean Moné, sino el testimonio que su colega había añadido más abajo:

*“Incidente ocurrido en la tumba de Jules Verne dos horas después del sepelio. He sorprendido a un hombre de unos cuarenta años quemando un ejemplar de El Castillo de los Cárpatos sobre la sepultura del escritor. Le reprendí por su acción y se identificó sin reparos como Charles Edmond Duchesne, profesor de Retórica en el Liceo de Montluçon. Argumentó entre sollozos que, poco antes de morir, su padre le había hecho prometer que mancillaría la tumba de Verne como venganza por sus actos. Parecía inofensivo. No di parte a la Gendarmería”.*

*Nicolas Bergé.*

Tan sorprendido como el propio testigo de los hechos, Jean Moné no solo revisó las páginas correspondientes a los tres últimos días de marzo en busca de nuevos datos sobre el suceso. También examinó las de abril, las de mayo, las de junio y, como las manecillas del tirano aún le ofrecían una tregua antes de preparar el entierro previsto para aquella mañana, acabó inspeccionando las hojas de los seis meses restantes.

Pero, ante la ausencia de noticias, el sepulturero llegó a la conclusión de que Charles Edmond Duchesne no había vuelto a pisar el cementerio de La Madeleine.

# 3

12 DE ABRIL DE 2013

La densidad de las tres copas reclinadas en el islote circular del aparcamiento privó temporalmente a Monique de la ostentación solar sobre los tejados de la Facultad de Letras, en el extrarradio de Amiens. Aunque, al abandonar su vehículo, la estudiante todavía tuvo oportunidad de contemplar cómo los tentáculos del amanecer trepaban livianos por los edificios en su camino diario hacia la cúpula celeste.

Monique llevaba disfrutando de aquel espectáculo desde octubre de 2008, fecha en la que había pisado por primera vez las instalaciones de la *Université de Picardie Jules Verne* para matricularse en Culturas Clásicas. Y, después de cuatro años y medio aislada en el paraíso de los conocimientos, a punto de terminar el máster en Literatura Antigua, Francesa y Comparada, la joven empezaba a vislumbrar con temor el fango que envolvía al mundo laboral.

El único obstáculo que la separaba ya de la realidad de cualquier otro adulto era la memoria final del curso, un trabajo de investigación que debía presentar como colofón del último trimestre para que el director del máster, el ilustre François Minard, le expidiera la nota definitiva.

Con el tema elegido palpitando en su cabeza, Monique se detuvo frente al despacho más temible de la segunda planta, respiró profundamente hasta en tres ocasiones e informó de su presencia con dos ligeros, casi imperceptibles, golpes en la puerta. Al otro lado, la voz del profesor Minard surgió desgarradora bajo los cimientos de una personalidad amplificadas por su inabarcable experiencia docente, por la publicación de medio centenar de ensayos y por el valioso bagaje de algún que otro escarceo político, como el que le había colocado al frente de la Concejalía de Cultura de Amiens trece años atrás.

Tras recibir un agrio consentimiento por parte del director, Monique agarró el pomo sin poder controlar el temblor de la mano y desbloqueó la puerta con una maniobra pausada que excedía los límites de la timidez para adentrarse en el territorio de la cobardía.

—*Bonjour, monsieur* Minard —saludó avergonzada la joven estudiante al toparse con la frialdad de su inalterable expresión.

—*Bonjour, mademoiselle...*

—Royale —apuntó la alumna siguiendo el guión de sus anteriores visitas—, Monique Royale, profesor.

François Minard conocía al detalle no solo los nombres, sino también los expedientes académicos de todos los estudiantes del máster que él mismo tutelaba, pero, si algo había llevado hasta el extremo en sus cuarenta años como docente universitario, era evitar todo signo de familiaridad en el trato con los alumnos. Según su dogma particular, rechazado por la mayoría de sus colegas, la confianza no significaba más que el paso previo hacia la falta de respeto, por eso jamás empleaba el apellido de los jóvenes a la primera oportunidad. E, incluso, una vez iniciada la conversación con alguno de ellos, no resultaba extraño verle repetir su estrategia para que el estudiante en cuestión asumiera su insignificancia al tener que identificarse de nuevo.

En el caso de Monique Royale, también estaba en condiciones de redactar un informe detallado sobre su paso por la Facultad de Letras de la UPJV, subrayando quizá su excelente dominio del latín, así como su inclinación por los filósofos de la antigua

Grecia, en especial por Aristóteles el Estagirita, protagonista absoluto de un excelente trabajo presentado por la joven estudiante en el último curso del grado para ensalzar su figura como creador de la Metafísica. Sin embargo, fiel a sus criterios, Minard nunca le había mencionado las bondades de su expediente con el fin de que mantuviera intacto su nivel de exigencia.

—Usted dirá —fueron sus únicas palabras al detectar un gesto de inquietud oculto entre las líneas acarameladas que componían el rostro de la alumna bajo sus cabellos de ámbar.

—Venía a consultar su parecer sobre el tema que he escogido para el trabajo final del curso —soltó Monique de memoria, sin introducir el más mínimo cambio en la frase que había estado ensayando una y otra vez durante el trayecto hacia la Facultad por la carretera D8.

—¿Es que aún no lo ha empezado? —atacó Minard con el brillo de la arrogancia gobernando ya sus pupilas.

El resplandor de aquellos ojos, atrincherados en un campo de batalla sin espacio para nuevas huellas del paso de los años, confirmó la opinión que Monique había esbozado en su cerebro nada más conocer al director del máster. Parecía que Minard disfrutaba exhibiendo el componente sádico de su perfil, como si esa conducta le reportara más satisfacción que compartir su inagotable sabiduría en las aulas de la UPJV.

Además, la joven estaba convencida de que el profesor sabía que ninguno de sus alumnos había comenzado el trabajo de investigación, por eso le sorprendió la actitud desafiante de Minard en la clausura de su despacho. De haberse producido en clase, lo habría entendido, porque allí tenía un público numeroso al que atemorizar, pero en ese momento se encontraban los dos solos y no existía ningún motivo racional para iniciar aquella humillación.

—Antes de arrancar quería contar con su visto bueno —disimuló su incomodidad Monique—. Había pensado en investigar una vertiente poco explotada de la vida de Jules Verne, pero necesito que me aconseje sobre dónde acudir para encontrar algún dato que apoye mi...

—Le aconsejo que busque otro tema —interrumpió Minard con brusquedad—. Ya existen numerosas biografías sobre

Verne y, sinceramente, no creo que pueda aportar nada nuevo. Está muy bien que sienta admiración por el escritor más importante de esta ciudad y todo eso. A mí también me fascina. Pero puedo decirle que, en los cuarenta y seis años que lleva funcionando la Universidad de Amiens, todos los trabajos relacionados con Verne no eran más que refritos de otros libros o teorías descabelladas sobre una vida supuestamente oculta del autor. Si quiere comprobarlo, puede darse una vuelta por la biblioteca. Para nuestra deshonra, y en contra de mi voluntad, todavía se conservan copias de algunos de ellos.

»De verdad, disfrutaría mucho con su lectura, sobre todo con un texto que, si no recuerdo mal, llevaba por título *La sociedad secreta de Verne*, nunca podré olvidarlo. El estudiante que lo firmó respondía al nombre de Pascal Dertin. Imagino que habrá encontrado su verdadera vocación lejos de la literatura. El caso es que defendía la existencia de una sociedad secreta a la que habían pertenecido artistas como Delacroix, Poussin y escritores como Alejandro Dumas, George Sand o el propio Verne. Según él, se llamaba *Sociedad de la Niebla*. ¿A que no imagina por qué? Por Phileas Fogg, el enigmático protagonista de *La vuelta al mundo en ochenta días*.

»Fog, con una sola g, significa niebla en inglés y, como bien sabrá usted por las horas dedicadas al latín en esta Universidad, Phileas se parece mucho a la palabra filius, que significa hijo. Total, que el alumno llegó a la conclusión de que Verne era hijo de la niebla, o miembro de la sociedad secreta, como prefiera. Y, además, fíjese hasta dónde llegaba su osadía, argumentó que el *Reform Club*, el colectivo privado al que pertenecía Fogg en Londres, hacía referencia a las iniciales de la sociedad Rosa Cruz, que también utilizaba la R y la C. Un disparate descomunal. ¿Es que acaso no comprobó la correspondencia de Verne, en la que no existe una sola carta dirigida a los supuestos miembros de la sociedad secreta? En fin. Lo dicho, que aún está a tiempo para escoger otro tema.

En menos de cinco minutos Monique había asistido a la exhibición de las dos características que retrataban con detalle la personalidad de François Minard. Por un lado, su irremediable tendencia a la grosería. Y por otro, su arrolladora facilidad

para impresionar a la audiencia con datos extraídos de un archivo virtual que almacenaba en su cabeza debidamente ordenado por temas y fechas.

Acostumbrada a otras demostraciones de ese tipo, la joven sorteó los elogios hacia la capacidad retentiva de su profesor e intentó regresar a la exposición que había interrumpido el director Minard con su discurso sobre la zafiedad de los trabajos presentados en años anteriores.

—Si me permite, profesor, ya he repasado los temas que tocaron los alumnos de otras promociones, incluso el de la sociedad secreta. Lo que quería decirle es que, bajo mi punto de vista, hay un aspecto de la vida del escritor que no queda muy claro en ninguno de esos trabajos y me gustaría saber si es posible investigarlo de alguna forma.

—Y es... —apuntó con desgana el propietario del despacho.

—La destrucción de los papeles personales de Verne, *monsieur* Minard.





# Libro solidario

**E**ste libro tiene un valor añadido. Ediciones Cydonia y el autor han asumido el compromiso de destinar un porcentaje del precio de venta de este libro a un proyecto benéfico, sin que se refleje en aumento del precio de portada.

Con esta actitud, la editorial pretende aportar un grano de arena a las miles de iniciativas solidarias que se desarrollan en todo el mundo en beneficio de las personas y los colectivos más desfavorecidos.

Los proyectos que se apoyan desde cada título no serán un acto de caridad, sino una mano que se tiende para que los beneficiarios puedan superar un escollo y salir adelante por sus propios medios. Siguiendo aquel viejo adagio, se apoyarán proyectos que *enseñen a pescar*, no los que *regalan el pescado*.

Por este motivo, esperamos que el apoyo de nuestros lectores pueda servir para ayudas de emergencia médica, cubrir necesidades puntuales de personas en situación límite, apoyar la construcción de escuelas, hospitales y otras iniciativas solidarias.

Si Vd. ha comprado este libro, le agradecemos su interés. Puede ver dónde y cómo se ha destinado ese porcentaje a través de nuestra página en internet ([www.edicionescydonia.com](http://www.edicionescydonia.com)), o si lo prefiere puede escribirnos a nuestra dirección postal (Apartado de Correos 222, 36400 O Porriño - Pontevedra). Gustosamente le mantendremos informado de todo.

*Los editores*

